

HIJOS DEL ALMA, por *María Teresa*.—Editorial Zig-Zag.—Santiago de Chile, 1935.

Cuando se empezó a editar en nuestro país, miramos con espíritu regocijado este anhelo de poner al alcance de las manos más modestas libros excelentes. Pero, desgraciadamente, se advierte en algunas casas editoras un desmedido afán de lucro, sacrificando la calidad al éxito comercial: la presentación tipográfica y la calidad de las traducciones son, en muchos casos, deplorables. Otras han mejorado notablemente ambas cosas; pero han subido demasiado el precio de venta. La Editorial Zig-Zag debe señalarse, entre otras, por sus últimas ediciones, de hermosa presentación, buen papel, claro tipo de letra y módico precio de venta. Tales, por ejemplo, «Hijos del alma», de la escritora chilena María Teresa; «Lluvia», del escritor inglés W. Somerset Maugham, y «Crimen y Castigo», del genial Dostoiewski, tomada esta última de una de las mejores ediciones españolas.

No conocemos a la autora de «Hijos del alma», ni sabemos cuál es el auténtico nombre que se oculta tras el seudónimo María Teresa. Se nos ha informado que aun cuando ha escrito ya otros libros, éste es, puede decirse, el primero que lanza a conquistar un nombre en nuestro ambiente literario. Más que juzgarlo dentro de severos cánones, debemos opinar como mero lector, dando espontánea expresión a los sentimientos que la lectura de esta novela suscitó en nuestro espíritu. Es un idilio un tanto romántico el narrado por María Teresa. Sencilla, sin truculencia torturadora, la trama se desarrolla con delicadeza muy femenina. Dos hermanos—Roberto y Jaime—que viajan en automóvil son sorprendidos por una tormenta. Jaime se accidenta, y tienen que pedir refugio en una casa de fundo. Aquí se encuentran con una familia que resulta conocer a la de ellos. Es un caballero viudo que vive con su hija única: Margarita; hermosa, alegre, simpática es ésta. Ambos jóvenes se sienten atraídos por los seductores atributos de Margarita. Jaime era pintor, sentimental,

dado a las vagas ensoñaciones del arte; Roberto, médico, circunspeto, había hecho el camino de su vida bajo las severas disciplinas del espíritu. Margarita se sintió también atraída por estos simpáticos e imprevistos huéspedes, especialmente por Roberto; pero la circunstancia de haberse tenido que quedar algunos días en el fundo, favoreció a Jaime, quien dió rápida expresión a sus sentimientos, declarándole a Margarita su rendido amor. Siguió el juego sentimental que es de suponer, y el matrimonio se realizó. Van a Europa en viaje de bodas; allá Jaime se entrega a la bebida; ya no es el joven sentimental, delicado, que Margarita conoció en su noviazgo: se ha tornado en un ser abúlico, camino de la perdición; su carácter se engrifa, llegando a darle malos tratos a su mujer, quien soporta resignada estas desilusiones que le laceran el alma. Regresan. Gracias a los consejos de Roberto, Jaime reacciona; trabaja nuevamente; en sus manos los pinceles realizan prodigios. Margarita se siente feliz. Mas las circunstancias se confabulan para que ese amor entre Roberto y Margarita, que había permanecido tácite, encuentre su más rotunda expresión. Y en el momento preciso en que ese amor va a realizarse en su forma plena y humana, ambos se detienen al borde del precipicio por donde iban a despeñarse. Margarita muere al dar a luz un hijo. Hijo de Jaime materialmente, pero de Roberto espiritualmente, porque fué a éste a quien entregó su alma.

Más que a las realizaciones externas de hechos tangibles, asistimos a la tragedia íntima de Margarita que vió quebrantado el camino de su vida por un simple capricho del destino. María Teresa nos insinúa esa tragedia que nunca estalla y que va silenciosamente lacerando el corazón de una mujer. A pesar de que el tema es poco novedoso y de que toda la obra está animada de un aliento romántico, un tanto fuera de la época, María Teresa tiene el buen gusto de no caer en la sentimentalidad y la sensiblería.

El estilo sencillo, sin fallas notables, tiene aciertos que debemos subrayar: «¡Qué distinto es el ruido de la lluvia en el si-

lencio del campo! Tiene un habla desconocida, un lenguaje único que atraviesa todo obstáculo y va derecho al corazón; posee un poder oculto, maravillosa fuerza que apiña los recuerdos en montones y los arroja inexorable ante el alma asustada que, al verse dueña de tanta añoranza, vuelve en sí, ordena ese pasado y recorre una a una esas etapas ya olvidadas. El golpear de la lluvia en el silencio del campo es el tic-tac del tiempo que pasó. Cada hora, cada minuto revive, se colora, toma forma y se impone, altivo recuerdo que se ha creído olvidar; pero que viene a golpear el alma y no se va hasta que de nuevo el corazón saborea la gota de miel o la porción de amargura que trajo en otro tiempo (pág. 8).

Por la forma como María Teresa desarrolla el tema y por la soltura y espontaneidad de narrarlo, «Hijos del Alma» se lee con ese mismo interés sentimental con que escuchamos románticas historias de amor de otros tiempos.



LLUVIA, por Somerset Maugham.—Editorial Zig-Zag.—Santiago de Chile, 1935.

Nada conocíamos de W. Somerset Maugham, y hemos de confesar que estas tres novelas cortas que forman este volumen que se publica bajo el nombre de la primera, nos han agradado en tal forma que Somerset entra de golpe a integrar el grupo de nuestros escritores preferidos. Como Conrad, y como el Lawrence de «Canguroo», Somerset cultiva la novela exótica, pues los temas y ambientes los ubica en lejanas regiones del misterioso Oriente, en medio de palmeras y de hombres de color, donde llegan ingleses isleños que son otros tantos personajes exóticos. De este contraste entre el ambiente y los personajes, nace, sin duda, el interés novelesco, que Somerset sabe sutlizar mediante originales introspecciones psicoanalíticas.